

## EL DOCTOR MIGUEL ORAA

Médico, Pedagogo y Trabajador Social

por el doctor *Pedro Quintero García*.

Trabajo de incorporación como Individuo de Número a la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina.

Caracas, 7 de agosto de 1956.

### INTRODUCCION

No por espíritu de vanagloria —desentono en la armonía de mis convicciones— sino por natural y sana satisfacción —tónico y acicate para el esfuerzo— que me siento hoy complacido y pleno de reconocimiento, por la honra inmerecida de ser recibido como Individuo de Número de la Sociedad de Historia de la Medicina, integrada por un grupo de eminentes personalidades.

De acicate digo, porque el ejemplo de algunos honorables colegas al consagrar buena parte de sus preocupaciones intelectuales no sólo al estudio de las ciencias médicas, sino a la investigación de sus anales, reforzarán mi vana inspiración por seguir el origen de los acontecimientos desde un remoto empirismo hasta la más alta concepción moderna. Siempre he considerado necesario para la verdadera cultura, inspirarse primero en el pasado a través de hipótesis y teorías, y luego en el terreno de la investigación y de la técnica actual comparar la realidad con la marcha a veces accidentada del pensamiento médico. Para conocer y amar una determinada ciencia es preciso no menoscabar

el caudal de experiencia acumulado en el curso de las edades por los antiguos observadores. De ese rico venero proveniente de las tradiciones bíblicas, los libros sagrados de la India, las tablas de Nínive, los papiros egipcios hasta llegar a la escuela mediterránea, extraemos una enseñanza provechosa y de esa larga trayectoria surge la luz rutilante del presente.

Tal es el propósito y los fines perseguidos por esta institución al analizar la historia de la medicina en general y de modo especial su evolución en Venezuela. Así mismo aporta la valiosa oportunidad de remozar nuestras figuras olvidadas del ayer, quienes en medio reducido y a veces mezquino, le dieron prestigio a la Patria por su abnegación, su sabiduría y su gran espíritu humanitario. He querido en esta memorable ocasión, presentar a las generaciones actuales el nombre y la memoria de uno de aquellos médicos que en la entonces remota provincia de Portuguesa, llenaron una página brillante, cuyo contenido particularmente, ha servido de inspiración a mi carrera profesional. Ésa figura venerable, evocada con honda emoción, es la del Doctor Migual Oráa, discípulo de Vargas, cuya vida paso a reseñar en este trabajo.

#### BOSQUEJO DOMESTICO:

Más allá de las neblinas y de los ríos, desde las onduladas colinas llamadas "galeras" se divisa a lo lejos la villa llanera de San Fernando de Ospino en su lecho de color verde esperanza. Es el Ospino agricultor y recolecto de principios del siglo XIX. En los alrededores hay trajín en sigilo de guerrilleros patriotas y realistas, advertencia de futuros acontecimientos.

No obstante la vida sigue su curso: en el día la rutina del trabajo recio para el hombre y los oficios suaves para la mujer. En la noche, se repite la misma noche provinciana, después del toque de oración, cena, rosario familiar, chocolate reconfortante y al fin la alcoba para el sueño reparador, interrumpido a veces por el paso de la patrulla montada o el grito de alerta del centinela cercano.

En la plazuela del mercado cuando los gallos saludan la proximidad de la aurora, los madrugadores abrigados traen unos,

capas españolas, otros chamarras campesinas de acuerdo con el rango y las posibilidades. Comentan entre el humo del tabaco y del café caliente las nuevas de la jornada pasada.

Como centro del poblado se yergue la torre de la hermosa iglesia y a sus alrededores las casonas coloniales olorosas a flores de reserá, de ventanas balaustradas y estrechas celosías que apenas dejan pasar de la niña, los rayos rutilantes de unos ojos bellos.

En la residencia temporaria, muy cerca de la Plaza Mayor, nace el 29 de noviembre de 1.815, Miguel, hijo de Don Francisco Oráa y de Doña Josefina Quintero. Como en casa mantuana los pormenores del acontecimiento estaban previstos: la cuna tibia, los pañales albos, la nodriza negra, el brandy descorchado.

Tendida en ancha cama de copete repujado la pálida madre sonríe de satisfacción y a su cabecera el esposo rozagante orgulloso de su limpio ancestro navarro.

En los días subsiguientes, cumplimiento de amigos "Puesta de Agua y Presentación al Templo". El primogénito es delgado y luce contento en brazos de la cargadora, trajeada de cretona almidonada y pañuelo de madrás, al cuello.

El día de la Trinidad, se realiza el bautizo, su padrino le obsequia la primera monedita de oro y su madrina le borda con propias manos la camisa de la ceremonia. Hay fiesta en el espíritu de los señores y de la servidumbre.

#### SU VOCACION:

El tiempo anda presto y a tierna edad lo llevan a la ciudad mariana de Guanare. Al lado del Padre Unda, quien en su propia casa reúne un pequeño grupo de niños para prodigarles la instrucción gratuita, encuentra la prolongación de los ejemplos hogareños. En los anchos corredores sombreados por la arboleda del patio desluz, asimiló reconcentrado en su interés, la sobria palabra explicativa de catecismo, gramática y aritmética elementales. En sus ratos de ocio va a los campos, en unión de algunos condiscípulos, se baña en las quebradas, explora las colli-

nas o visita los ranchos de la pobreza. En la tierna mentalidad de Miguel quedó para siempre grabado el cuadro lastimoso del paciente pobre. En multitud de ocasiones oyó los lamentos de la parturienta desesperada o vió pasar el solitario entierro del niño muerto de mengua, porque los remedios del curandero no le "prestaron". En medio de aquellos horizontes de limitadas proyecciones asistenciales, seguramente meditó con cuidadosa simpatía cómo iba germinando su afición hacia los problemas de la enfermedad. En su corazón y en el subconsciente se vislumbraba ya, la recia vocación de ser médico.

A los 15 años mientras inicia el bachillerato se alarga los pantalones y su padre le regala un buen caballo. Me lo imagino allá mozo en los salones sociales, elegante el porte, de levita oscura el alto y tieso cuello, la leontina cruzada y en la mano con señorío el sombrero de alta copa.

Así llega también al Colegio "San Luis Gonzaga" de alumno fundador, conquistando simpatías entre compañeros y maestros. En 1832 bajo el rectorado del Padre José Vicente Unda y de la sabia ducción del maestro Liborio Colmenares, obtiene el galardón de latinidad, como premio de una larga traducción sorteada por el jurado.

Después de un severo aprendizaje termina el ciclo de la enseñanza preparatoria, obteniendo sobresalientes puntuaciones, en el curso integrado por trece aspirantes a bachilleres.

El Colegio de "San Luis Gonzaga", fué el primer Instituto Venezolano de enseñanza secundaria, decretado por el Libertador, y por cierto, le han hecho honor a esta progenitura. García Chuecos resalta en uno de sus notables trabajos históricos:

"Desde su fundación no solamente se educa para la ciencia y la cultura sino también para la vida social y ciudadana. Había clase de baile y música, se enseñaba moral y urbanidad y anualmente se dictaba un período de brillantes conferencias, sobre historia, sobre literatura y sobre política".

De sus aulas han salido Presidentes de la República, preladados y guerreros, médicos y diplomáticos, juristas y ciudadanos probos.

## PANORAMA UNIVERSITARIO:

A lomo de mula efectúa el viaje a la ciudad metropolitana.

Coincide entonces con la mayoría de edad, cuando el hombre entra en el estado de maduración fisiológica. Los cambios experimentados ejercen profunda influencia en todas las características de su personalidad. Ahora se siente dueño de su propia vida, alejado de los lazos de la dependencia y de la timidez. A este sitio llega tranquilamente sin pasar por conflictos de melancolía ni por desconfianza en sus propias capacidades. Empieza por encontrarse a sí mismo, orientándose hacia el propósito buscado.

Poco a poco descubre sus facultades y sentimientos para luego adoptar las normas de conducta y la ética de su propia elección.

El joven viene optimista a iniciar sus estudios médicos. Y así la primera mañana del mes de septiembre del año 1836, llena los requisitos necesarios para su inscripción universitaria.

Comienza la larga jornada de estudiante capitalino con catedráticos de la talla de Vargas, en Anatomía; José Joaquín Hernández, en Fisiología; Carlos Arvelo, en Patología Interna y muchos otros que lograron formar una sólida preparación y una indestructible vocación en el espíritu del futuro médico.

Llega precisamente cuando apenas principia la transformación de los métodos pedagógicos. Antes de Vargas, la Medicina Venezolana padecía una crisis tremenda de apreciación hasta el punto de considerarse como una de las carreras universitarias de menos categoría. Anacrónico el estudio, deficiente en la práctica, el novel diplomado se lanzaba al ejercicio profesional sin mayores conocimientos de enfermedades o enfermos.

Uslar Pietri asegura "que los médicos graduados y los curanderos se distinguían solamente en que los primeros solían nombrar los términos en latín y los otros no". De ahí las conocidas agrupaciones de médicos latinistas y médicos romancistas.

El sabio Vargas le da a sus cátedras una nueva agilidad científica, inspirada en la actualidad europea. Hasta entonces la

Anatomía se había limitado a una fastidiosa descripción de huesos, músculos, vasos, órganos, solamente en su forma visible y ahora se acometen las investigaciones para conocer y enseñar la estructura íntima de los tejidos.

En el programa de fisiología, cuando trata los orígenes de los fenómenos vitales en sus variadas manifestaciones, el catedrático Doctor Hernández, hace hincapié a sus discípulos de los nuevos postulados, que han permitido pasar del dominio de la especulación metafísica al campo experimental de las Ciencias Naturales.

Y el Doctor Arvelo en sus brillantes lecciones de patología médica explica cómo van desapareciendo las doctrinas sistemáticas para entrar de lleno en las indagaciones positivas de la clínica, que indudablemente llevarán más tarde al diagnóstico correcto.

Hasta esos momentos las grandes escuelas latinas e inglesas mantienen la tradición hipocrática, mientras la alemana se desvía hacia la orientación analítica, a veces disgregadora de la concepción materialista de la vida.

Y así cada uno de los profesores hace gala de su elocuencia y de sus conocimientos, en obstetricia, terapéutica, medicina legal, higiene, para que el alumnado asimile las ideas de renovación.

El siglo XIX contempla al médico bajo un aspecto completamente nuevo, ya no es el mago de las edades remotas, tampoco es el sacerdote de las épocas antiguas, ni mucho menos el alquimista del medioevo, o el barbero del seiscientos, o el académico filosofante del setecientos.

Su hábito no es ya la larga túnica, la toga roja o la capa negra, su sitio no es el templo, ni la botica, ni la vetusta academia, ya no depende de la iglesia, de la logia, de la monarquía, ahora es sencillamente el científico, en su verdadero puesto, la cabecera del enfermo, viste como todo mortal la ropa ordinaria y si acaso se distingue sería por la bata blanca de trabajo.

Tal es el médico que quiere formar Vargas y sus colaboradores en la Escuela de Medicina de Caracas.

Completa los conocimientos teóricos con la pasantía reglamentaria de cuatro años en el Hospital de Caridad, entonces dirigido por el Doctor Eliseo Acosta.

En las pruebas anuales obtiene altas calificaciones, logrando casi siempre la honorífica mención de "talento, aplicación, aprovechamiento".

Para aliviar los esfuerzos monetarios de su padre acepta una cátedra en el célebre colegio de la Independencia, dirigido por el Padre Feliciano Montenegro Colón, obtiene a cambio de las clases dictadas el alojamiento y la manutención.

A pedido de la familia obtiene de las autoridades universitarias un permiso de ausencia de clase por un período de dos meses, consecuencia de una epidemia de fiebre imperante en Caracas, al cabo de los cuales regresa y se incorpora con un bagage de conocimientos adelantados al curso normal de las lecciones.

#### SU FORMACION CIENTIFICA:

Oráa no podía escaparse de la influencia de la época y del ambiente. Necesitó perfeccionar los conocimientos de retórica, griego, latín y francés, para mas tarde leer y asimilar los clásicos escritos en su idioma original.

En el colegio de la Independencia conoce a Juan Vicente González y a su señora esposa Doña Josefa Rodil, los cuales no tardaron en brindarle sus consejos y su amistad.

Se aprovecha el movimiento cultural iniciado en todos los ángulos, desde la tribuna, el periódico y la cátedra por Fermín Toro, Tomás Lander, Rafael Acevedo y Antonio Leocadio Guzmán y muchos otros, que más tarde serían luminarias de las letras, pero supo seleccionar con inteligencia lo que después sería su patrimonio intelectual no dejando que las corrientes de las doctrinas en moda, desvirtuaran sus inclinaciones o sus creencias.

Ante la Junta compuesta de los Doctores José Vargas, José Joaquín Hernández, Antonio José Rodríguez, Tomás Aguerrevere y Julián Tejera, presenta los exámenes reglamentarios para recibir solemnemente el 11 de julio de 1840 el Diploma de Bachiller en Medicina y dos años más tarde el de Licenciado.

A las cinco de la tarde del 30 de octubre de 1842, culminan sus desvelos en la ansiada ceremonia del Doctorado. La capilla de la Facultad es el sitio tradicional. El Jurado, los Catedráticos, Doctores Felipe de Paúl, Pedro Alvarez y Julián Tejera. Sus compañeros los licenciados Vicente Linares, Daniel Quintana, Manuel Porras, Ramón Perera y Vicente Cabriales. Desde la tribuna dorada y trajeado de rigurosa etiqueta, pronuncia una oración latina escogida por suerte y de una duración de treinta minutos. En seguida respondió las preguntas sueltas acerca de temas médicos, con arreglo a los Estatutos.

Concluído el examen y satisfechos los profesores con los argumentos planteados, el Rector, Doctor Tomás Hernández Sanabria, le confirió el grado académico y el recipiendario hizo las protestas de fe y demás juramentos, entrando de inmediato en quieta y pacífica posesión del referido grado.

Terminó el acto con la presentación de un trabajo científico, de méritos indiscutibles.

“De Intermittentibus Febribus” Su tesis doctoral.

## SU PROFESION Y SU HOGAR:

Luego regresa y se siembra él mismo en la ciudad de Guanare, donde su recia personalidad moral y científica llena una dilatada época, casi podríamos decir por el resto de la centuria.

Diez años después —1852— se une en matrimonio con la distinguida señorita Ramona Zuñiga, dama de noble alcurnia portuguesa. Procrea cuatro hijos, Miguel, Rosa Paula, Francisca y Jesús María: el primero ganadero de pura cepa, entrenado en el Alto Apure donde lo mandó su padre y el último erudito abogado, famoso Juez y hombre de carácter hermético. Delfín Aurelio Aguilera en sus crónicas guanareñas, saturadas de ingenio y finas sátiras, publicadas en el Universal en 1934, nos describe la casa Oraeña en los albores republicanos; “como una familia que tenía de todo: médicos, abogados, fundacioneros, lanceros, patrones de agua y tierra, con el lujo de ser tan numerosa y notable que había un cuerpo de caballería integrado en totalidad por elementos de apellidos Oráa”.

De este árbol genealógico emergen ramas que son hoy figuras relevantes de la sociedad y de la ciencia venezolana.

La vida del Doctor Oráa debe ser enfocada, en sus tres principales fases: El Médico, el Pedagogo y el Trabajador Social.

### EL MEDICO:

Al paso de su cabalgadura desde tempranas horas de la mañana, empezaba a recorrer la ciudad y sus alrededores. Su caballo de tanto repasar el camino se detenía voluntariamente en cada casa de enfermo, como si conociera de antemano la necesidad del servicio. A la cabecera del paciente el gran clínico descifraba el misterio de la sintomatología aplicando luego la terapéutica necesaria con la seguridad idealista de los viejos sabios de la enciclopedia. En la generalidad de los casos le arrebatava a la muerte su inexorable ración humana. En la urgencia quirúrgica improvisaba quirófanos en las chozas para lograr en las mejores condiciones higiénicas amputar un miembro, suturar una herida o realizar un parto.

Cuando irrumpió el cólera, el Doctor Oráa, en plenitud de sus energías juveniles, toma las riendas de la iniciativa e inmediatamente aplica las medidas preventivas de rigor. El 27 de septiembre de 1853, funda la Junta Superior de Sanidad, con el Gobernador del Estado, Coronel José A. Monagas; el Vicario del Partido, Presbítero José A. Uzcátegui; el Procurador Municipal, Doctor Miguel María Balda; el médico, Doctor Jesús María Olachea y el Farmacéutico, Cecilio Landaeta.

Promulgan los primeros decretos estableciendo el cordón sanitario, la cuarentena, el cierre de escuelas, la prohibición de fiestas y aglomeraciones y el duelo público.

Viene luego el Hospital de Aislamiento, los voluntarios para asistir a los enfermos y el crédito de la botica local, que dejó agotada la existencia de medicinas.

Esta Junta dividió la ciudad en dos grandes porciones para facilitar la asistencia domiciliaria. Estas porciones estaban parceladas a su vez en seis cuarteles, cada una de las cuales tenía un comité de damas y caballeros encargados de suministrar los

recursos médicos y económicos a los contagiados y las diligencias necesarias para enterrar a los muertos.

Y refiere la tradición que en medio de aquella espantosa tragedia, agudizada momento a momento con un Doctor Orúa multiplicado hasta el infinito y en vías de contraer la enfermedad, el pueblo desesperado acude a su profunda devoción religiosa organizando rogativas a la cabeza de las cuales la Virgen de Comomoto se transformaba en última esperanza. Y como si la detuviera una mano poderosa, la epidemia fué aminorando virulencia hasta extinguirse a los pocos días.

En tiempos de la "Guerra Larga" los Jefes Federales o Godos al ocupar la plaza, se dirigían en primer lugar al hogar del Doctor, o bien a darle las gracias por servicios prestados o simplemente para presentarle el saludo de respeto y cortesía.

En varias ocasiones aprovechó de su valiosa influencia para lograr la disminución de un empréstito forzoso o la libertad de un preso político.

En el combate del Palotal el 11 de julio de 1859, librado entre los Generales, Juan Antonio Quintero —mi abuelo— y J. M. Muguersa muerto en la acción, se le vió cruzar la línea de fuego con riesgo de la propia vida, para auxiliar con más prontitud los heridos de ambos bandos.

Más tarde, casi octogenario, cuando el peso de los años y el trabajo agobiador vence la voluntad más templada, lucha a brazo partido con el brote epidémico de viruela, un azote más del trágico 92, año de recuerdos funestos para la localidad.

## EL PEDAGOGO:

En 1873 es escogido para desempeñar la Rectoría del Colegio. Le toca en suerte cosechar los frutos sembrados y recogidos en parte por sus antecesores. Su fama la demuestra la afluencia de alumnos procedentes de Valencia, Barquisimeto y diferentes pueblos de la provincia de Coro, Mérida, Trujillo, Barinas y Apure. La primera tarea fué la de realizar y ampliar el sueño dorado de su maestro: que el Gobierno Nacional tomara bajo su inmediata protección a la casa, colocándola en la propia catego-

ría de los demás colegios oficiales; luego procedió al estricto cumplimiento de los estatutos elaborados en 1825 por el Rector que sería después Monseñor Unda, Obispo de Mérida.

Miguel Oráa encarna el prototipo de su tiempo. En la biografía de Vicente Espinal escrita por J. F. Reyes Baena, encontramos unos párrafos aplicables en esta oportunidad.

Ser un hombre de su tiempo no es imitar fielmente los hábitos y las modas de una época determinada; es sumergirse en ella para asimilarla con devoción y honestidad y vivirla en un afán de superación para bien de la comunidad. Oráa es el ejemplo de un incorruptible deseo de mejoramiento social, con una voluntad de acero y un carácter inquebrantable. Llevó a Venezuela en su corazón como un testigo presencial de haber asistido al nacimiento de la República definitiva, para luego tomar parte en todos los aspectos positivos del efervescente período precursor al desarrollo de sus instituciones.

Como profesor desempeñó brillantemente las cátedras de francés, latín y gramática castellana por el largo período de cinco lustros sin cobrar estipendio alguno por este concepto. En su afán de mejorar el funcionamiento del Colegio reavivó la Junta Protectora de Educación Pública, integrándola de lo más granado de la localidad, contándose catedráticos y padres de alumnos. Logró a grandes sacrificios darle actividad regular e interesarla en resolver importantísimos problemas.

Un día del año 1867 llega una carta a la provincia lejana. Es del sabio adolfo Ernst para el Doctor Miguel Oráa. En ella lo invita muy gentilmente a ingresar en un grupo de representativos que tendría por objeto "comunicarse recíprocamente las observaciones y estudios sobre la Historia Natural del País".

Más tarde esta modesta agrupación se transformó en la histórica "Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales" con un órgano de divulgación la revista "Vargasia" que abrió una época luminosa en los anales venezolanos.

Se puede valorar los altos quilates científicos del Doctor Oráa al merecer la alta distinción de ser requerido por uno de los hombres más eminentes de la época.

Miguel Oráa es uno de los precursores que en provincia implantó los métodos pedagógicos traídos por Vargas: Impugnaba el verbalismo vacuo, la memorización agotadora y las medidas vejatorias para el alumno. Impulsó la preparación del maestro y su estabilidad así como también la igualdad de derecho a la cultura tanto del hombre como de la mujer.

Frente a la crítica y el desdén de sectores retardatarios apegados a las tradiciones sin raíces en el pueblo, combatió los prejuicios y enseñó su método original fundado en el conocimiento simple de la naturaleza y de la función activa del hombre dentro de la colectividad. Llamó a los padres de familia a participar en las funciones docentes, muchos de ellos fueron miembros de los jurados examinadores, organizadores de fiestas escolares o simplemente visitantes asiduos del plantel.

#### EL TRABAJADOR SOCIAL:

El Doctor Oráa aunque parezca contradictorio fué un reformador en los métodos de enseñanza a la masa, dándose por entero y con devoción sacerdotal. Su vasta ilustración y la larga experiencia acumulada —como dijimos en otra ocasión— le permitió ser verdadero maestro de altura aún en los niveles de mínima proyección. Se salió de la rutina de la cátedra y de la estrechez del claustro educacional, para enseñar en el hospital, en la plaza, en los caminos todos, prevención de peligros, normas ciudadanas, reglas de salud. Durante medio siglo, no hubo un solo hogar atribulado donde no estuviera presente su ciencia y su consejo paternal.

Se cuenta que en una de las revueltas civiles el vencedor permitió a su tropa dos horas de saqueo y libertinaje en la rendida ciudad y como era natural, sus habitantes atemorizados se internaron en montes y sabanas. El Doctor Oráa permaneció inmovible y a la hora precisa increpó al jefe de la soldadesca, consiguiendo inmediatamente la revocación de la licencia. En su recorrido por las calles, corregía muchas veces con el látigo las travesuras de la niñez y reprendía la irresponsabilidad de los padres.

El Doctor Antonio Zuñiga, abogado y galano escritor, publicó en "El Cojo Ilustrado" en octubre de 1897, un artículo, del cual extractamos lo siguiente:

"Corre fácil la pluma, se engolfa el pensamiento en dulces meditaciones cuando recordamos los merecimientos que sintetiza la imagen venerada de esa personalidad egregia que cruzó por el mundo dejando luminosa estela de virtud y un nombre inmaculado que resplandece hoy con los radiantes fulgores de la inmortalidad para servir de modelo a las generaciones que quieran inspirarse en la fuente del bien y en la práctica de las grandes acciones.

Sin embargo, esos seres se cubren muchas veces con el manto de una modestia excesiva y por eso pasan inadvertidos y llegan a sepultarse en la inmensa fosa del olvido; tal es la indiferencia e ingratitud de los humanos que ni siquiera consagran un momento para recordar los beneficios que sobre sí aquellos derramaron, mientras la vanidad audaz, vestida con el brillante ropaje de la riqueza tiene a sus plantas esclavos que se posternan reverentes.

Pero, llega la hora de la justiciera posteridad, cae entonces la más cara de la usurpada reputación, el oropel de la mediocridad insolente y el sol de la verdad nos ilumina el camino hacia los hermosos campos de la historia. Tal nos sucede con el Doctor Miguel Oráa".

El Doctor Rafael Pino Pou, conterráneo de brillante trayectoria, labrada a propio esfuerzo, escribe en "El Nuevo Diario" del 29 de noviembre de 1915: "Con gratitud y patriotismo ha procedido la ciudad de Guanare a remover las cenizas de este ilustre muerto, para ofrendarle un homenaje de admiración y reconocimiento en esta fecha centenaria.

Así como el heroísmo y el genio, la virtud ha de tener también un pedestal muy alto en el concepto de las sociedades civilizadas para que no perezca y se disuelva el único fundamento que puede servir de base verdaderamente sólida a la felicidad de los pueblos.

Carácter templado para la santidad y el deber, gusto daba acercarse a su lumbre y pedirle el calor de sus consejos. Recto

criterio, sagacidad para el diagnóstico y clara inteligencia a no dudar que habría fundado escuelas o dejado huellas más hondas en los archivos de la ciencia, si hubiese actuado en otro medio y en siglo más propicio a la experimentación de los modernos laboratorios y de los grandes anfiteatros”.

Me valgo de las palabras de otro guanareño ilustre, Juan Iturbe, gloria de la Venezuela presente, para recoger algunos párrafos de una célebre conferencia pronunciada en el Liceo “José Vicente Uнда”.

“Con emoción he vuelto a contemplar la vieja casona de mi padrino Miguel frente al legendario colegio que regentó por tantos años y próximo al cerro del Calvario, que se viste de verde y de pascuas azules.

Bien recuerdo aquel limonar suyo, separado de la ciudad por la quebrada de Las Piedras y fertilizado por la vieja acequia colonial, adonde nadie acudía sin volver con las manos llenas de frutas, presente del dueño, que solía también regresar de su huerto para ir repartiéndolas de casa en casa, entre sus amigos.

La suya era una vida franciscana; manos generosas para aquellas que se abrían siempre para esparcir los dones de la tierra y las obras de beneficencia”.

Como tenía que suceder el Doctor Oráa va conquistando poco a poco el respeto y la confianza de los guanareños, no sólo como médico y educador sino también como ciudadano de sobrias costumbres hogareñas.

Los amigos de su tiempo lo llevaron a la alta posición de Senador por la provincia de Barinas, al Congreso de 1848 y cuando en aquel 24 de enero surgieron los tristes acontecimientos conocidos de todos los venezolanos, sintiose herido en lo más profundo de sus virtudes cívicas, alejándose de la política y comprendiendo que su precioso tiempo no podía invertirse sino en beneficio del enfermo y del estudiante. Los rigores del exilio los vivió en Casanare y en Trujillo, por fortuna para el pueblo, por muy corta temporada.

En reciente obra titulada “Estado Portuguesa” del gran escritor, larense, Silva Uzcátegui, copiamos estos conceptos:

“La memoria del Doctor Oráa es venerada y querida en Guanare, no solamente por haber sido el médico caritativo y sabio que a ricos y pobres atendía por igual, sino también porque además fué el padre intelectual de muchas generaciones.

#### EL VIAJE DEFINITIVO:

Ejerció su profesión con bondad nazarena, rechazó el pago de honorarios como norma humana; aceptó regalos sólo como medio demostrativo de la gratitud; desconoció el lucro o las ganancias exageradas y cuando moría el 25 de abril de 1893 se llevó — estoy seguro — la última convicción de haber cumplido el juramento prestado: Honrar la Patria, La Sociedad y La Familia.

David canta en uno de los salmos la satisfacción de Jehová cuando se ensalza a los varones de recto y bondadoso corazón.

“De gloria coronarás al justo y escudo le serán tus bendiciones”.

En la ley cumplida reside la ventura del bueno y la gloria del filántropo.

En tocar el salterio con las cuerdas afinadas, el regocijo del músico.

En terminar la estrofa con sus cabales ritmos y rimas, la satisfacción del poeta.

En la perfecta elección y ordenación de los conceptos el alborozo del Predicador, y en el dolor aliviado por la mano milagrosa el rostro sonriente en las almas agradecidas.

Y será difícil encontrar una similitud más acabada para compaginar la hermosa trayectoria de la vida del Doctor Miguel Oráa, preclaro hijo de mi pueblo.